

“El arca”

¿Sabías que hay un arca en la que Dios, el Padre. La Fuente, el Uno ... como sientas llamarlo, atesora tus recuerdos amorosos? Ese espacio maravilloso en el cual va guardando cada momento de amor que vos creáis.

Desde la amorosidad que expandís creáis momentos inolvidables. ¡Somos tan mágicos al conectar con lo que realmente somos!

Me pregunto por qué cuesta tanto recordarlo.

Nos hemos acostumbrados a sufrir, a auto boicotearnos, a enjuiciar y condenar sin saber nada, del otro ni de nosotros. A todo le ponemos etiquetas

¿Por qué cuesta tanto fluir con el vaivén de la vida? ¿Por qué cuesta tanto elevarnos sobre el pequeño yo y el automatismo?

¿Por qué elegimos tan erróneamente, si es tan simple aprender, recordar lo que somos, dejarse guiar y celebrar la vida?

Lo pregunto desde mi auto interpelación, para quien me lo pueda contestar... ¡porque caigo tantas veces!

Pero tras la caída presto atención y en algún momento freno, rechazo lo elegido y lo entrego para su transmutación.

Conozco a quienes parecen haberlo logrado sin siquiera tener que poner esfuerzo en intentarlo, o al menos así lo reflejan cuando los ves actuar, libres y fluyendo, sonrisa simple y mirada clara, sin engaños, no venden nada, sólo aman la vida y la agradecen sin más vueltas. Vendrán de milenarios aprendizajes hoy logrados, pienso, los admiro, respiro y me digo: “ya lo vas a lograr”.

Pero la gran mayoría debe al menos planteárselo. ¿Qué estoy haciendo de mi vida, anclada en el sufrimiento y la queja, el miedo, el afuera, la negatividad, la dificultad?

¿Qué estoy haciendo si a cada instante puedo elegir de nuevo y ser feliz de verdad! Sin caretas ni artificios. Sólo siendo y dejándome guiar por ese amor supremo que vive dentro de mí.

Nos la complicamos. La vida es cada instante que tenemos, pero la llenamos de miradas críticas hacia nosotros mismos, enjuiciamos al mundo y culpamos al otro de realidades que nosotros fabricamos.

Aprendamos juntos.

La vida está llena de hermosas anécdotas, co- creadas desde la amorosidad que somos. Escribo y recuerdo una noche en que mis amigas me regalaron uno de tantos momentos preciosos, recuerdo este en particular por la espontaneidad con la que se generó y la luz que compartimos al hacerlo realidad. Música, bailar juntas, cantar, desde el corazón, dar y disfrutar. Es claro que no necesitamos irnos lejos para encontrar la felicidad, ella está dentro, nos habita, y al compartirla la recibimos y se forma un increíble tejido en el ritmo de ida y vuelta. Doy, recibo, vuelvo a dar, agradezco, recibo... Un mandala de luz, tejido entre seres de luz, sus puntos son la sinceridad y las sonrisas, las ganas de decir te quiero y demostrarlo, una carcajada cristalina y las miradas que brillan. Un mandala que refleja que dar es igual que recibir.

Las situaciones difíciles nos interpelan... Es así. Y ciego el que sólo las tape con la mano y no aprenda de ellas.

Pero podemos elegir mirar de otra manera. Ayudarnos a ver cada situación como una lección que aprendo con amor y así no tener que repetirla... a menos que sea ¡maravillosa!

Disfrutar la vida no es lo mismo que ponerse caretas de “gente feliz” sólo por encajar en una sociedad de apariencias. Es compartirla, generar vínculos sanos, auténticos y duraderos. Es sostenernos entre todos. Alegrarnos mutuamente el alma con caricias, contenernos, ayudarnos a avanzar. Hablar del alma y su viaje, hablar desde el alma. Compartir lo que aprendimos, las lecciones sabias de la vida. Iluminar los caminos. La vida me regala cantidades increíbles de momentos dulces con mis amigas y los atesorar en mi arca, se los ofrezco a Dios, al Universo.

Hay que detenerse a verlos, a ver todo, a sentir, y a caminar juntos en los tiempos de cambios difíciles que nos fortalecen si los dejamos interpelarnos.

O vas por la vida sin detenerte a ver nada... ¡o elegís ver todo! TODO. No mentirte y no tapar nada. Sanar. Lo no sanado y la ceguera ante aquello que preferís pasar por alto, son tan obstructivos como anclarte en el sufrimiento absurdo y enquistado.

Hoy agradezco a mis amigas que me aman, conocen y respetan y me prestan sus ojos del alma para ver con claridad las cosas cuando se me nubla la mirada. Agradezco el amor que recibo de mis hijos, de mi hermana...

Aquello que me dan y que no tiene precio material, intangible y eterno. Aquello que doy en gratitud y a mansalva a quien quiera recibirlo.

Dar, siempre dar, la vida se encarga del resto. Aunque los caminos parezcan con espinas, tu corazón guarda todos los remedios.

Tengo un arca repleta de recuerdos amorosos, algún día me encontraré con mi arca, abriré esa tapa y veré que las tristezas sólo fueron un mal sueño. Hoy despierto y agradezco, me levanto y sigo. Con la sonrisa al cielo, celebro. Me animo a VER.

Observo. Perdono. Me perdono. Recibo.-

L.U.X.33 Luz en el camino.